

de lo que de ello vaya citado en el discurso preliminar.

Creemos no lisonjarnos mucho diciendo que no existe ninguna edicion de sus obras que pueda, tanto como este simple volumen, habilitar á los lectores para conocer bien la extension y profundidad, la prudencia y sagacidad de un ingenio que, en el sentir de Algarotti, « fué en política y en las cosas de estado, lo que Newton es en conocimientos de las ciencias físicas y arcanos de la naturaleza (1) ».

En 18 de setiembre del año de 1815.

« Habrá leído Vm. la *Historia de las Revoluciones romanas* del Abate de Vertot. Ha reducido á sistema las reflexiones sueltas, que el secretario de Florencia hizo sobre Tito Livio, pero sin profundizarlas bastante á veces. (*Opere dell' abbate Conti*, tom. II, pág. 112.)

(1) *Opere di Algarotti*, Cremona, tom. IX.

DISCURSO SOBRE MAQUIAVELO,

Considerado como asegurando á los soberanos contra las revoluciones, como domando la anarquía y afirmando los tronos.

EN esta edad de turbulencias y calamidades en que el error dejó tan cruelmente burlada la ignorancia, parece haberse transformado el nombre de Maquiavelo en el de una sistemática reunion de los mayores crímenes. Los horrendos procederes de una maldad que se encamina hácia sus fines por la via del fraude, la falta de fe, la violencia y asesinato, no se llaman ya mas que *maquiavélicos*; y el infernal arte de conducir á los hombres á su ruina engañándolos, aquel arte tan desgraciadamente perfeccionado en nuestros dias, parece no haber existido nunca mas que con la denominacion de *maquiavelismo*.

El nombre de Maquiavelo sin embargo

goza todavía de la mas recomendable ilustracion en el pais mismo en que él vivió, y en que puede apreciarse mejor su mérito. Aun es allí en algun modo un objeto de veneracion pública, hasta en aquella iglesia de Florencia, en que, hácia fines del siglo pasado, la mano de un príncipe eminentemente filósofo, el gran duque Pedro Leopoldo Josef, le erigió un monumento famoso al lado de los sepulcros de Galileo, Miguel Angelo, y mas admirables ingenios de la Toscana. La inscripcion que en él puso con el voto de todos sus pueblos, testifica como una cosa verídica, que ya no habia nada que decir en honor de Maquiavelo luego que se le ha nombrado. «¿ Hay elogio que pueda igualar al que su nombre encierra? » Tal es su epitafio :

Tanto nomini nullum par elogium :
 Nicolaus Machiavelli
 Obiit anno A. P. V. MDXXVII.

En la indecision que en nosotros producen estos dos juicios tan contradictorios, y en el laberinto de incertidumbres en que nos echan, se presentan dos consideraciones como el

hilo de Ariadna para hacernos salir de él. La una es que particularmente hácia la mitad del siglo pasado, y cuando algunos facciosos urdian sus tramas contra la autoridad real, se pusieron las gentes á desacreditar con mas furor á Maquiavelo, en Francia sobre todo. La segunda consideracion, apoyada en hechos igualmente, es que evitando entónces los detractores de Maquiavelo el hablar de aquellas obras suyas en que se descubren de un modo horrendo los inconvenientes de las repúblicas, se encarnizaron únicamente con su *libro del Príncipe*, que podia ilustrar á los monarcas sobre los ocultos designios de sus enemigos, é indicarles los medios de contener eficazmente á los pueblos bajo la obediencia.

Antes del año de 1740, en que Voltaire dió la señal de aquel desenfreno filosófico contra Maquiavelo con la publicacion de la menos miserable de las refutaciones de este libro (1),

(1) *El anti-Maquiavelo, ó ensayo crítico sobre el Príncipe de Maquiavelo*. Lóndres, 1740, en casa de Guillermo Meyer.

los verdaderos filósofos que le habían leído, y podido comprenderle bien, se hallaban distantes de decir de él tanto mal como se dijo entónces. Los de ellos que, en corto número, habían emprendido su lectura con un espíritu de imparcialidad, y con algunas ideas políticas fundadas en la experiencia, hicieron justicia al profundo ingenio del autor, y al perfecto conocimiento suyo del corazón de los hombres reunidos en sociedad. El P. Nicéron había reconocido solemnemente la *solidez* del juicio de Maquiavelo; » y mostrado al mismo tiempo la rectitud del suyo propio, desechando como una paradoja el sistema de los que sostenían que el *libro del Príncipe* era una crítica contra la política de los monarcas. Por otra parte, la opinión nada favorable que los lectores preocupados habían formado del autor, estaba á lo menos exenta de encono contra él. Moreri, que no le había juzgado casi mas que con arreglo á lo que Bayle había dicho, al que importaba ver incrédulos en todos los grandes hombres, ni aun se atrevió á censurar formalmente este tratado, y se ciñó simplemente á hacer

odioso á Maquiavelo en el concepto de las almas devotas, diciendo, sobre la fe de algunos jesuitas de que el escéptico Bayle se había formado autoridades, que este afamado estadista pasó los últimos años de su vida sin afecto ninguno de religion ».

Se conocen los funestos efectos de semejante acusacion, aun aventurada y falaz, sobre las personas timoratas, tan prontas á coger horror á cuanto la ignorancia ó malignidad les hacen creer inficionado de irreligion. Se hallaron ligadas bien presto, sin caer en ello, con la faccion antirealista contra Maquiavelo; y el número de estas dos especies de enemigos se aumentó prodigiosamente por medio de aquella infinidad de diccionarios históricos, con que la Francia estuvo inundando la Europa de medio siglo á acá. Ninguno hay cuyos compiladores hayan hecho otra cosa, con respecto á Maquiavelo, mas que amplificar lo que leían ellos en sus antecesores, sin leer sus obras, muy en extremo difíciles de comprender. Así es como, por ejemplo, copiando el *Diccionario histórico* de Leon, en el año de 1804, el de Caen,

publicado en el de 1783, se dejó llevar hasta decir que este insigne estadista « en toda su política, no queria ser dendor de nada á la religion, y aun la desterraba; que el *Libro del Príncipe* con especialidad es el breviarío de los ambiciosos, de los trapaceros y malvados, que Maquiavelo profesa el crimen en este abominable libro, dando lecciones de asesinato y envenenamiento. » He aquí como se difundió, como se acreditó la opinion de que Maquiavelo fué el escritor mas perverso que hubiera existido; que su *Libro del Príncipe* es un código de maldad, y que la accion combinada de todos los delitos juntos debe llamarse *maquiavelismo*. Pero, permítasenos examinar hasta que punto van fundadas estas enormes acusaciones.

§. I.

Favor de que el Príncipe de Maquiavelo gozó en el origen, aun con la Santa Sede, durante cuarenta y tres años bajo seis á siete papas. — Causas de la primera censura que de él se hizo en Roma, y modificación que los padres del Concilio de Trento hicieron en ello. — Beneficios y peligros relativos á la doctrina de Maquiavelo.

Parece que los modernos difamadores de Maquiavelo ignoran que en la época en que el tratado del *Príncipe* fué presentado por el autor á Lorenzo de Médicis, como tambien en otras circunstancias de resultas de los siglos corridos desde entónces, diversos varones eminentes no menos en virtud que en creencia, le juzgáron de muy diferente modo que ellos. Emprendido en los primeros meses del pontificado de Leon X, y acabado en el segundo año de su reinado en que Maquiavelo le entregó al sobrino de este pontífice, fué mirado como una obra admirable por aquellos esclarecidos Médicis que, mas que todos los otros príncipes de su tiempo, con-

tribuyeron á restablecer en Europa, con las ciencias, letras y artes, el orden y la civilización desterrados despues de tantos siglos por una horrenda barbarie. Si la doetrina de este libro es execrable, como lo dicen sus detractores; como sucedió que, la primera vez que fué impreso con las demas obras del mismo autor, cuatro años despues de su muerte, es á saber en el de 1531, y no en el de 1515, como Voltaire lo supuso, un papa muy ilustrado vino á darles una aprobacion de las mas formales? Clemente VII, no menos zeloso por las sanas doctrinas que por las buenas costumbres, aun aconsejó en algun modo la lectura de las obras de Maquiavelo en toda la cristiandad, por el hecho mismo de que favoreciendo á su impresor pontifical con un privilegio esclusivo para imprimirlas y venderlas, y estableciendo penas afflictivas contra cualquiera que hiciera una falsificacion suya en los estados de la iglesia, amenazó con censuras espirituales á los que en cualesquiera otros estados publicaran ó vendieran una edicion falsificada (1). ¡Ah! no se crea

(1) Se verá en lo sucesivo que, en el año de 1527

que este favor pontifical no se estendió al *Libro del Principe*, porque está él, así como los *Discursos politicos* del mismo autor sobre las *Decadas de Tito Livio*, y su *Historia de*

en que la faccion popular echó de Florencia á los Médicis, no se habia impreso todavía el libro del *Principe*. Habiendo ido en el año de 1531 Antonio de Blado, impresor pontifical en Roma, á pedir al Papa licencia para publicar finalmente todas las obras de Maquiavelo, el pontifice le acordó el privilegio de ello por un breve del 23 de agosto del mismo año, queriendo que gozase de él no solamente en los estados romanos, sino aun en todos los otros de la cristiandad. Las penas con que el Papa amenazó á los falsificadores, se insertan en este breve por el tenor siguiente. *Omnibus et singulis impressoribus bibliopolis aliis cujuscumque status, gradus et conditionis existentibus nostrae ditioni temporaliter non subjectis, in virtute sanctae obedientiae, et sub excommunicationis latae sententiae poena nobis verò et sanctae romanae ecclesiae mediata vel immediata subjectis.... districtè precipimus et mandamus, etc. etc. Quocirca quibuscumque locorum ordinariis, seu eorum officialibus et vicariis in spiritualibus committimus per praesentes, ut, ubi, quando, et quoties pro parte dicti Antonii requisiti fuerint; ipsi*

Florenzia, formalmente designado en el breve de este pontífice : *Opera quondam Nicolai Machiavelli civis Florentini in materno sermone conscripta, videlicet Historiam, ac DE PRINCIPE, et discursibus imprimere.*

Este privilegio prueba no solamente que las obras de Maquiavelo eran muy estimadas de los doctos y estadistas, sino también, y por lo menos, que el papa no hallaba en ellas nada contrario á la religion y moral propiamente dichas. Paulo III, Julio III, y Marcelo II, que sucedieron uno tras otro á Clemente VII, las juzgáron como él. Paulo IV mismo, que vino despues, por mas violento que él era contra las perversas doctrinas, hubiera conservado la misma opinion favo-

Antonio efficacis defensionis præsidio assistentes, faciunt præsentis litteras et in eis contenta quæcumque inviolabiliter observari, et publicari; contradicentes quoslibet et rebelles per censuras ecclesiasticas, et penas prædictas appellatione postpositâ, compescendo; invocato etiam ad hoc si opus fuerit auxilio brachii secularis in contrarium facientibus, non obstantibus quibuscumque. Datum Romæ apud Sanctum Petrum, sub annulo piscatoris, etc.

nable para Maquiavelo, sin el ardor censurante de aquella comision de teólogos inquisidores que él estableció en el año de 1557 contra los hereges, y que creó con el nombre de *Indice* aquella lista de las obras reprobadas por ellos. Zelosos estos inquisidores en abultarle, pusieron en él absolutamente y sin ninguna excepcion todas las obras de Maquiavelo, muerto hacia entónces treinta años. Paulo IV hubiera rehusado todavía acceder á la condenacion que de ellas hacian los inquisidores de un modo tan vago y ciego, sin la debilidad de genio que su mucha ancianidad llevaba consigo. Se dejó llevar de los clamores é instancias del supremo inquisidor, que era aquel dominicano Catherin Lancelot-Politi, que no hizo casi uso de su ciencia mas que para sentar singulares opiniones, y aun algunos escritos del cual se notáron como perniciosos en aquel *Indice* que el habia creado (1).

(1) De cuyo número es la *vida* que él escribió de su compañero *Savonarola*. Despues de haberle ensalzado por otra parte como á un santo, le representa

El motivo real de esta especie de condenacion de Maquiavelo, no era el fondo de su doctrina política; y aun esta condenacion no tenia directamente por objeto el *Libro del Príncipe*, como le hace creer una declaracion de aquella comision del concilio de Trento, que pareció confirmarla. Establecida esta comision en el año de 1562, y compuesta de diez y ocho padres encargados de extender un nuevo *Indice*, se veia tan apurada por Catherin, hecho uno de los teólogos del concilio, que acabó ella adhiriendo á sus miras en el año siguiente, y únicamente al concluirse el concilio. Pero esta nueva censura no tuvo por motivo mas que ciertos pasages de las obras de Maquiavelo; y conociendo los padres que semejantes pasages podian suprimirse fácilmente sin que lo demas se alterase con ello, confesaron que si se hacia la supresion suya en una próxima edicion, quedaria invalidada cualesquiera condenacion contra el autor (1). Aun estos

en esta obra como al mas insigne trapacero, y mas malvado impostor que hubiera existido.

(1) La prueba de esta particularidad se hallará en el *Apéndice* de que este discurso será seguido.

pasages, en corto número, se designaron por los padres. Pero sin tratar de conocerlos, haremos notar que Maquiavelo no podia menos de desagradar entónces sumamente á la corte de Roma. En aquella era, los calvinistas transformaban en invectivas la vituperacion que él mismo, cuarenta años ántes, pero por motivos bien diferentes y muy laudables, habia dirigido contra el lujo y costumbres de la corte de Leon x, de Adriano vi y Clemente vii, que habian tenido la buena fe de no sentirlo. La habia acusado de causar, con sus escándalos, la ruina de la religion católica, que él consideraba sinceramente como el mas sólido sustentáculo de los imperios (1), y por otra parte,

(1) En el cap. 12 del libro I, de sus *discursos sobre la primera decada de Tito Livio*, decia: « si la república cristiana se hubiera mantenido en sus máximas, tal como estaba ordenada por su divino fundador, los estados cristianos estarian mas unidos y felices que lo estan. Podemos adivinar fácilmente la causa de esta degeneracion, cuando notamos que los pueblos mas inmediatos á la iglesia romana, la cabeza de nuestra religion, son los que tienen menos piedad.... La pro-

no cesaba de probar que el interes de las otras potencias de Italia , y aun de las últramontanas, exigia que los papas no poseyeran una dominacion temporal tan vasta como la que ellos habian adquirido. Se hallaba condenada su ambicion casi à cada página de Maquiavelo ; y como este engrandecimiento temporal, á que Alejandro VI habia echado el colmo, era el resultado de unos medios cuya eficacia no se habia demostrado sino muy bien por nuestro autor, los Papas no podian menos de recelarse de verlos conocidos y empleados contra sí mismos por otros príncipes á quienes este libro hubiera servido de consejero y guia.

Aun quizas tambien aquellos medios con

vincia perdió toda su devocion y religion con los ejemplos de la corte romana. De ello resultaron inmensos inconvenientes é infinitos desórdenes ; porque así como en cuantas partes hay realmente religion, debe haber toda especie de bienes ; así tambien en cuantas se carece de ella, no debe hallarse mas que toda especie de males ; somos deudores pues á esta corte y á nuestros sacerdotes italianos de habernos vuelto irreligiosos y perversos ».

que , por mas condenables que algunos de ellos son bajo el aspecto meramente moral, se habia librado la Italia de los males de la anarquía , eran entónces tan perjudiciales como inútiles para ella. Distribuida en Estados regulares, se hallaba bajo la obediencia de príncipes legitimados, de los que unos hacian felices á sus pueblos, y otros, ambiciosos y poderosos , tenían necesidad de que se les vedase con la mayor eficacia posible el conocimiento de los recursos indicados por Maquiavelo para otros tiempos y circunstancias (1). Habia, por otra parte , en el fondo mucha prudencia en prohibir á los pueblos aquel libro cuyo contenido les importaba ignorar para su felicidad.

(1) Al número de estos primeros príncipes pertenecian , en Toscana , Cosme de Médicis , dicho *el grande* , á quien el papa Pio V proclamó por Gran Duque en el año de 1569 , en los ducados de Ferrara , Modena y Regio , Hércules II , hijo y sucesor de Alfonso I de Este , con quien Lucrecia Borgia , hija de Alexandro VI , se habia casado en terceras nupcias ; en los ducados de Parma y Placencia , Octavio Farnesio , nieto del papa Paulo III , al que este pontífice

No se habia compuesto para ellos. Los secretos de la política no son de una naturaleza que deban propagarse en el vulgo, que no puede menos de convertirlos en perjuicio suyo, ni entre las gentes simples, que, no estando destinadas á reinar, se hallan superiormente dispuestas á escandalizarse de cualquiera ciencia que ellas no deben conocer. Admirable disposicion que la Providencia puso en su alma, á fin de que, por un escrúpulo virtuoso, esten apartadas de un estudio que, reservado esclusivamente á los estadistas, no se difunde nunca en el pueblo sin ocasionar la subversion del orden social.

Pero si la Italia hubiera vuelto de nuevo al estado de barbarie de los anteriores siglos,

habia creado Duque. Los príncipes de la segunda clase indicada mas arriba eran en Nápoles y Lombardía, el hijo de Carlos quinto, Felipe II, á quien él habia hecho la cesion de ámbos estados en el año de 1556, príncipe temido por su ambicion y feroz política; en el Piamonte, aquel formidable Emanuel Filiberto, que, cabalmente en el año de 1557, ganaba á los franceses la famosa batalla de San Quintín.

no hubiera habido ninguno de sus príncipes, que, desposeidos por algunos facciosos, ó amenazados de serlo, no hubiera debido hacer en gran parte para recuperar é conservar su trono, lo que, con arreglo al ejemplo de sus predecesores, Maquiavelo habia reducido á máximas de política. Las mas de ellas son á la verdad, capaces de espantar á todo simple particular que, no habiendo gobernado nunca mas que su familia, no conoció jamas la imposibilidad de gobernar imperios únicamente como filósofo y moralista, especialmente en tiempos turbulentos y de facciones. ¡Ah! ¿no son tambien atentados contra la moral y género humano las condenaciones de muerte y el ardor mortífero de los combates, en el concepto del que no está destinado por la Providencia ó su príncipe á juzgar á los malhechores, á ganar batallas, y que no conoce mas que las dulces leyes de la filantropía? La moral y filosofía son tan irreconciliables con semejantes atentados, que ni una ni otra permiten á los hombres que hacen esencialmente profesion de ellas, ejercer el ministerio de juez criminal, ni el oficio de la guerra.

El moralista no comprendió nunca, y ni aun el filósofo confesó jamas aquella inconcusa máxima del gobierno de las naciones, que hay casos en que deben sacrificarse algunos hombres á la seguridad de un mayor número, y á la del cuerpo social por consiguiente. Unicamente cerrando la religion los ojos, y cediendo á la política, se vuelve indulgente para con el ejecutor de un homicidio ordenado por la ley del estado. Sucede con el cuerpo político lo mismo que con el humano: si la moral y filantropía tienen libre la entrada para hacer prevalecer sus cordiales lecciones ante el operador quirúrgico, que se dispone á amputar algunos miembros acan- grenados, ó ante el médico que va á echar algun veneno en el seno de su enfermo para expeler las mortales semillas de él; aquel principio vital que uno y otro deben conservar, se extinguirá en presencia de esta augusta doctrina, que no permite hacer mas el mal físico que el moral, aun con la mira de un bien cierto.

Pues bien, el libro de Maquiavelo es, en política, para los tiempos dificultosos y

males de los estados, lo que los mas rigoro- sos preceptos de la cirugía y medicina son para las dolencias mayores de la economía animal en los individuos. Está compuesto de racionios históricos y de experiencia sobre los modos, violentos á veces, sin los que no hubiera podido volver al orden y embeleso de la civilizacion, aquella Italia que, desde entónces, y por esto mismo, se perfeccionó en ellos mucho mas presto que todos los demas paises de la Europa (1). Cualquiera que

(1) El presidente Henault se muestra del mismo dictámen en el modo con que explica la grandeza á que Luis XIV elevó su siglo. « Este príncipe, dice (*Compendio cron.*, año de 1715), salia de las guerras civiles; de aquel tiempo en que los pueblos, siempre armados, alimentados de peligros incesantemente, encaprichados con los mas atrevidos designios, y no viendo cosa ninguna á que no les fuera posible llegar; de aquel tiempo en que los sucesos prósperos ó adversos, repetidos millares de veces, extienden las ideas, fortifican el ánimo á puro pruebas, aumentan su móvil, y le infunden aquel deseo de gloria, que nunca deja de engendrar cosas admirables. Y este

sin ser político, ni táctico, juzgara parcialmente con un ánimo filantrópico cada una de las pérfidas ó bárbaras maniobras de una batalla, tendría derecho para coger horror á la victoria que en algun modo acaba de justificarlas. El que, ignorando que descompuesta la armonía en la naturaleza, no se restablece mas que con tremendos choques que tienen visos de desordenarla, vituperara aquellas tempestades y rayos con que su supremo moderador vuelve á ordenarla y serenarla, sería un necio

Príncipe poseía el buen gusto natural, aquel feliz instinto que sirve para discernir á los hombres; sus ministros pensaban como él.... El mismo fondo que hubiera producido hombres ilustres en las guerras, produjo sublimes ingenios en las letras, artes y ciencias. La emulacion ocupó el puesto de la rebelion; y habituados los ánimos á la independencia, no la buscáron ya mas que en las sanas miras de la filosofía. No se trataba ya de atentar á sus semejantes; fué necesario hacerse admirar de ellos; y la superioridad adquirida con las armas se substituyó por la que dan los dones intelectuales ». Una revolucion que acaba blandamente, no puede acarrear tan dichas resultas.

tan temerario como ingrato en extremo. Tal sería el censor *ideologo* que, queriendo los efectos sin los medios y causas, condenara indistintamente á la execracion ciertos expedientes que, aunque mirados con horror por su muy estrecho ánimo, no por ello son menos indispensables para restituir la salud, paz y felicidad del cuerpo social.

Las máximas, en resumidas cuentas, que mas se condenan en el *Libro del Príncipe*, se hallaban ya esparcidas en los escritos de Tácito, Plutarco, Salustio, etc. Si ellas en estos son menos palpables, y quizas menos ofensivas á la filosofía, es porque ninguno de estos autores llevó la mira principal de formar estadistas. Maquiavelo es el primero que haya tratado expresa y especialmente sobre el arte de gobernar á los hombres tales como ellos son, con particularidad á continuacion de las grandes conmociones de la sociedad. « Si todos fueran buenos y virtuosos, como lo dice él mismo, sería menester que el Príncipe no tuviera mas reglas que la moral, ni mas norte que la virtud (1); » pero ¿ que puede ser de

(1) Véase adelante, *Libro del Príncipe*, cap. XV, Tom. I.

un príncipe que no fuera mas que bueno y virtuoso, en medio de unos hombres que, agitados de perversas y turbulentas pasiones, estan ejercitados en encubrir sus reprehensibles y funestas maniobras con todas astucias de la perfidia?

§ II.

La Francia, actualmente en la situacion en que la Italia se hallaba cuando se miró allí el *Libro del Príncipe* como necesario á los soberanos para afirmarse y restablecer el órden social.

Ahora que, segun la juiciosa observacion del príncipe de Schwartzemberg sobre los sucesos de nuestra desastrada revolucion, « el mundo atónito ha visto reproducirse los desastres de la edad media (1); » cuando creíamos llegar al término suyo, étenos aquí pues precisamente en la misma situacion en que se hallaba Maquiavelo cuando él expuso las

(2) Proclamacion de este Príncipe á los franceses, al entrar en su territorio, el 23 de junio del año 1815, al frente de los ejércitos austriacos, para destruir de nuevo en Francia la tiranía de Buonaparte.

máximas contenidas en su *Libro del Príncipe*. Esta deplorable situacion de infaustas experiencias y de llagas todavía doloridas, es aquella de que necesitabamos para apreciar bien los medios que él indica, á fin de salir totalmente de ella, y no volver á experimentarla. Aun ayudada de la lectura y reflexion la imaginacion, no hubiera podido suplirla; y, confesémoslo, nos era realmente necesaria, á fin de no hallar ya en la relacion de las proscripciones de Sila, de los asesinatos de Mario, como tambien de los atentados recordados por Maquiavelo, algo de muy horriblemente caballeresco, para que la historia de nuestra edad y pais pudiera mancharse con ello en algun tiempo.

Si los hubieran tenido por posibles los príncipes de la segunda mitad del siglo pasado, y si, en vez de dejarse imbuir ciegamente contra este autor, le hubieran leído bien, comprendido bien, y meditado bien, por cierto que no se hubieran dejado arrastrar de unos facciosos, enemigos de su trono hácia aquel precipicio revolucionario en que, por espacio de unos cinco lustros, hemos experimentado